

día suyo, fiesta á San Pablo: que sabéis cuán devoto fué de este nombre, y las veces que en sus escritos le puso, hermoseándolos con él, como se hermosea el oro con los esmaltes y con las perlas.—Bueno es, respondió Marcelo, hacer concierto sin la parte. Ese santo nombre dejóle el papel, no por olvido, sino por lo mucho que han escrito de él algunas personas. Mas si os agrada que se diga, á mi no me desagradará oír lo que Juliano acerca de él nos dijere, ni me parece mal el respeto de San Pablo, y de su día, que, Sabino, decís.—Ya eso está andado, respondió al punto Sabino, y Juliano se excusa.—Bien es que se excuse hoy, dijo Marcelo, quien puso ayer su palabra y no la cumplió.

Aquí como Juliano dijese, que no la había cumplido por no hacer agravio á las cosas; y como pasasen acerca de esto algunas demandas y respuestas entre los dos, excusándose cada uno lo más que podía, dijo Sabino: Yo quiero ser juez en este pleito, si me lo consentís, y si os ofrecéis á pasar por lo que juzgare.—Yo consiento, dijo Juliano, y Marcelo dijo, que también consentía, aunque le tenía por algo sospechoso juez. Y Sabino respondió luégo: Pues porque veais, Marcelo, cuán igual soy, yo os condeno á los dos, á vos que digáis del nombre de JESUS, y á Juliano que diga de otro, ó de otros nombres de Cristo que yo le señalare, ó que él se escogiere. Riéronse mucho de esto Juliano y Marcelo, y diciendo que era fuerza obedecer al juez, asentaron, que caida la siesta, en el soto, como el día pasado, primero Juliano, y después Marcelo dijese. Y en lo que tocaba á Juliano, que dijese del nombre que le agradase más. Y con esto se salieron fuera del aposento Juliano y Sabino, y Marcelo se levantó. Y después de haber dado á Dios lo que el día pedía, pasaron hasta que fué hora de comer en diversas razones, las más de las cuales fueron sobre lo que había juzgado Sabino, de que se reía Marcelo mucho. Y así llegada la hora, y habiendo dado su refección al cuerpo con templanza, y al ánimo con alegría moderada, poco después Marcelo se recogió á su aposento á pasar la siesta, y Juliano se fué á tenerla entre los álamos que en la huerta había, estanza fresca y apacible: y Sabino, que no quiso escoger, ni lugar ni reposo, como más mozo, decía, que advirtió de Juliano, que todo el tiempo que estuvo en la

alameda, que fué más de dos horas, la pasó sin dormir, unas veces arrimado y otras paseándose, y siempre metidos los ojos en el suelo, y pensando profundísimamente. Hasta que él, pareciéndole hora, despertó al uno de su pensamiento, y al otro de su reposo; y diciéndoles que su oficio era, no solo repartirles la obra sino apresurarlos á ella, y avisarlos del tiempo; ellos con él y en el barco se pasaron al soto, y al mismo lugar del día de antes. Adonde asentados, Juliano comenzó así:

§. I.

Cuán propiamente se llama Cristo HIJO DE DIOS, por hallarse en Él todas las condiciones que se requieren para serlo.

Pues me toca el hablar primero, y está en mi elección lo de que tengo de hablar, paréceme tratar de un nombre que Cristo tiene, demás de los que ayer se dijeron de él, y de otros muchos que no se han dicho, y este es el nombre de HIJO, que así se llama Cristo por particular propiedad. Y si hablara de mi voluntad, ó no hablara delante de quien tan bien me conoce, buscara alguna manera, con que deshaciendo mi ingenio, y excusando mis faltas, y haciéndome opinión de modestia ganara vuestro favor. Mas pues esto no sirve, y vuestra atención es cual las cosas lo piden, digamos en buen punto, y con el favor que el Señor nos diere, eso mismo que Él nos ha dado á entender. Pues digo, que este nombre de HIJO se le dan á Cristo las divinas letras en muchos lugares. Y es tan común nombre suyo en ellas, que por esta causa cuasi no lo echamos de ver cuando las leemos, con ser cosa de misterio, y digna de ser advertida.

Mas entre otros en el Salmo setenta y uno, adonde debajo de nombre de Salomón refiere David, y celebra muchas de las condiciones y accidentes de Cristo, le es dado este nombre por manera encubierta y elegante. Porque donde leemos (Ps. LXXI, v. 5. 17.): *Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre;* por lo que decimos *durar*, ó *perseverar*, la palabra original á quien estas responden, dice propiamente lo que en castellano no se dice con una

voz. Porque significa, el adquirir uno naciendo el ser y el nombre de hijo, ó el ser hecho y producido, y no en otra manera que hijo, por manera que dirá así: *Y antes que el sol, le vendrá por nacimiento el tener nombre de HIJO.* En que David no solamente declara que es HIJO Cristo, sino dice que su nombre es ser HIJO. Y no solamente dice que se llama así por haberle sido puesto este nombre, sino que es nombre que le viene de nacimiento, y de linaje, y de origen, ó por mejor decir, que nace en Él y con Él este nombre; y no sólo que nace en Él agora, ó que nació con Él al tiempo que Él nació de la Virgen, sino que nació con Él, aun cuando no nacia el sol, que es decir, antes que fuese el sol, ó que fuesen los siglos. Y ciertamente San Pablo, en la epístola que escribe á los hebreos, comparando á Cristo con los ángeles, y con las demás criaturas, y diferenciándole de ellas, y aventajándole á todas, usa de este nombre de HIJO, y toma argumento de él, para mostrar, no solamente que Cristo es HIJO de Dios, sino que entre todos le es propio á Él este nombre. Porque dice de esta manera (Ad Hebr. c. 1, vv. 4, 5.): *E hizo Dios tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos nombre diferente. Porque á cuál de los ángeles dijo (Ps. II, v. 7.):* *Tú eres mi HIJO, Yo te engendré hoy?* En que se debe advertir, que según lo que San Pablo dice, Cristo no solamente se llama HIJO, sino, como decíamos, se llama así por herencia: y que es heredad suya, y como su legítima, el ser llamado HIJO entre todos. Y que con ser así que en la divina Escritura llama Dios á algunos hombres sus hijos, como á los judíos en Isaías cuando les dice (Isaí. c. 1, v. 2.): *Engendré hijos, y ensalcélos, que me despreciaron después;* y en el otro profeta que dice (Ose. c. XI, v. 1.): *Llamé á mi HIJO de Egipto;* y con ser también los ángeles nombrados hijos, como en el libro de Job (Job c. 1, v. 6.), y en el libro de la creación (Gen. c. IV, v. 2.), y en otros muchos lugares: dice osadamente y á boca llena San Pablo, y como cosa averiguada, y en que no puede haber duda, que Dios á ninguno sino á solo Cristo le llamó HIJO suyo.

Mas veamos este secreto, y procuremos, si posible fuere, entender, por qué razón ó razones, entre tantas cosas á quien les conviene este nombre, le es propio á Cristo el ser y lla-

marse HIJO: y veamos también, qué será aquello, que dán-dole á Cristo este nombre, nos enseña Dios á nosotros.—Aquí Sabino, cuanto á la naturaleza divina de Cristo, dice, no parece, Juliano, gran secreto el por qué Cristo, y solo Cristo, se llama HIJO. Porque en la divinidad no hay más que uno á quien le pueda convenir este nombre.—Antes, respondió Juliano, lo oscuro, y lo hondo, y lo que no se puede alcanzar de aqueste secreto, es eso mismo, que, Sabino, decís. Conviene á saber, cómo ó por qué manera y razón la persona divina de Cristo sola ella en la divinidad es HIJO, y se llama así, habiendo en la divinidad la persona del Espíritu santo, que procede del Padre también, y le es semejante, no menos que el HIJO lo es. Y aunque muchos, como sabéis, se trabajan por dar de esto razón; no sé yo agora si es razón de las que los hombres no pueden alcanzar, porque á la verdad es de las cosas que la fe reserva para sí sola. Mas no turbemos la orden, sino veamos primero, qué es ser Hijo, y sus condiciones cuáles son, y qué cosas se le consiguen como anejas y propias; y veremos luego, cómo se halla esto en Cristo, y las razones que hay en Él, para que sea llamado HIJO á boca llena entre todos.

Y cuanto á lo primero, hijo, como sabéis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nace de la sustancia de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nace; y semejante así, que el mismo nacer le hace semejante, y le pinta, como si dijésemos, de los colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado, sea recibir un ser, no como quiera, sino un ser retratado, y hecho á la imagen de otro. Y como en el arte el pintor que retrata, en el hacer del retrato mira al original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imagen que hace; y no es otra cosa el hacer la imagen, sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan á ella por esa misma obra con que se forma y se pinta: así en lo natural el engendrar de los hijos, es hacer unos retratos vivos, que en la sustancia de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia, ó como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes á su principio. Y eso es el hacerlos, el figurarlos, y el asemejarlos á sí. Mas como entre las cosas que

son, haya unas de vida limitada, y otras que permanecen sin fin; en las primeras ordenó la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos, para que en ellos, como en retratos suyos, y del todo semejantes á ellos, lo corto de su vida se extendiese, y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos, los que son perecederos en sí: mas en las segundas, cuando los tienen, ó las que de ellas los tienen, el tenerlos, y el engendrarlos, no se encamina á que viva el que es padre en el hijo, sino á que se demuestre en él, y parezca, y salga á luz, y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, ó si lo habemos de decir así, cuyo hijo es el rayo que de él sale, que es de su misma cualidad y sustancia, y tan lucido y tan eficaz como él. En el cual rayo no vive el sol, después de haber muerto, ni se le dió, ni le produce él, para fin de que quedase otro sol en él, cuando el sol pereciere, porque el sol no perece: mas si no se perpetúa en él, luce en él, y resplandece, y se nos viene á los ojos. Y así le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él, y para que comunicándole toda su luz, veamos en el rayo, quién es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, mas también le gocemos, y seamos partícipes de todas sus virtudes y bienes. Por manera que el HIJO es como un retrato vivo del Padre, retratado por él en su misma sustancia, hecho en las cosas que son eternas y perpetuas, para fin de que el Padre salga á fuera en el HIJO, y aparezca, y se comunique.

Y así para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene lo primero, que sea de su misma sustancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho así semejante; lo cuarto, que ó sustituya por su padre cuando faltare él, ó si durare siempre, le represente siempre en sí, y le haga manifiesto, y le comunique con todos. A lo cual se consigue, que ha de ser una voluntad, y un mismo querer el del Padre y del HIJO: que su estudio de él, y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable á su Padre; que no ha de hacer sino lo que su Padre hace (porque si es diferente, ya no le es semejante, y por el mismo caso en aquello no es HIJO); que siempre mire á Él, como á su dechado, no solo para figurarse de El, sino para volverle con amor, lo que recibió con deleite, y para en-

lazarse en un querer puro, y ardiente, y recíproco el HIJO y el Padre. Pues siendo esto así, y en la forma que dicho habemos, como de hecho lo es, claramente se ve la razón por qué Cristo entre todas las cosas es llamado HIJO de Dios á boca llena. Pues es manifiesto que concurren en Él todas las propiedades de HIJO que he dicho, y que en ninguno otro concurren. Porque lo primero, Él solo según la parte divina que en sí contiene, nace de la sustancia de Dios, semejante por igualdad á aquel de quien nace, y semejante, porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nace de Dios, le asemeja á Dios, y le figura como Él tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con Él. Como Él mismo lo dice (Joan. c. x, v. 30.): *Yo y el Padre somos una cosa*: de que diremos después más copiosamente.

Pues según la otra parte nuestra que en sí tiene, ya que no es de la sustancia de Dios, mas como Marcelo ayer decía, parece mucho á Dios, y es cuasi otro él por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinísimos bienes que Dios en ella puso. Por donde El mismo decía (Joan. c. xiv, v. 9.): *Philippe, quien á mí me ve, á mi Padre ve*. Demás de esto, el fin para que las cosas eternas, si tienen HIJO, le tienen, que es, para hacersé manifiestas en él, y como si dijésemos, para resplandecer por él en la vista de todos; Cristo solo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque El solo nos ha dado á conocer á su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino también metiendo y asentando en nuestras almas con suma eficacia sus condiciones de Dios, y sus mañas, y su estilo, y virtudes. Según la naturaleza divina hace este oficio, y según que es hombre, sirvió y sirve en este ministerio á su Padre: que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz que le descubre, y testimonio que le saca á luz, é imagen y retrato, que nos le pone en los ojos.

En cuanto Dios, escribe San Pablo (Ad Hebr. c. i, v. 3.) de Él, que *es resplandor de gloria, y figura de su Padre, y de su sustancia*. En cuanto hombre, dice El mismo de sí (Joan. c. xviii, v. 37.): *Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad*. Y en otra parte también (Joan. c. xvii, v. 6.): *Padre, manifesté á los hombres tu nombre*. Y confer me á esto

es lo que San Juan escribe de Él (Joan. c. i, v. 18.): *Al Padre nadie le vió jamás, el Unigénito, que está en su seno, ese es el que nos dió nuevas de Él.* Y como Cristo es HIJO de Dios solo, y singular en lo que habemos dicho hasta agora; así mismo lo es en lo que se resta y se sigue. Porque Él solo, según ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con El mismo. ¿No dice Él de sí (Joan. c. iv, v. 34.): *Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre?* Y David de Él en el Salmo (Ps. xxxix, v. 9.): *En la cabeza del libro está escrito de mí, que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entrañas.* Y en el huerto, combatido de todas partes, qué dice? (Matth. c. xxvi, v. 42.) *No lo que me pide el deseo, sino lo que Tú quieres, eso, Señor, se haga.* Y por la misma manera siempre hace, y siempre hizo solamente aquello que vió hacer á su Padre. *No puede el HIJO, dice (Joan. c. v, v. 19.), hacer de sí mismo ninguna cosa más de lo que ve que su Padre hace.* Y en otra parte (Joan. c. vii, v. 16.): *Mi doctrina no es mi doctrina, sino de aquel que me envía.* Su Padre reposa en Él con un agradable descanso, y Él se retorna todo á su Padre con una increíble dulzura, y van y vienen del uno al otro llamas de amor ardientes y deleitosas. Dice el Padre (Matth. c. iii, v. 17.): *Este es mi querido HIJO, en quien me satisfago y descanso.* Dice el HIJO (Joan. c. xvii, v. 4.): *Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, ca perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese.*

Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama á quien ama, se hace cierta prueba de la verdad del amor; cuánto amó á su Padre, quien así le obedeció como Cristo? *Obedecióle, dice, (Ad Philip. c. ii, v. 8.) hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz:* que es decir, no solamente que murió por obedecer, sino que por servir á la obediencia, el que es fuente de vida, dió en sí entrada á la muerte; y halló manera para morir, el que morir no podía; y que se hizo hombre mortal, siendo Dios, y que siendo hombre libre de toda culpa, y por la misma razón ajeno de la pena de la muerte, se vistió de todos nuestros pecados, para padecer muerte por ellos; que puso en cárcel su valor y poder, para que le pudiesen prender sus contrarios; que se desamparó, si se puede decir, á sí mismo, para que la muerte cortase el lazo que anudaba su

vida. Y porque ni podía morir Dios, ni al hombre se le debía muerte sino en pena de culpa, ni el alma que vivía de la vista de Dios, según consecuencia natural, podía no dar vida á su cuerpo; se hizo hombre, se cargó de las culpas del hombre, puso estanco á su gloria para que no pasase los límites de su alma, ni se derramase á su cuerpo exentándole de la muerte, hizo maravillosos ingenios, solo para sujetarse al morir, y todo por obedecer á su Padre. Del cual Él solo con justísima razón es llamado HIJO entre todas las cosas, porque Él solo le iguala, y le demuestra, y le hace conocido é ilustre, y le ama, y le remeda, y le sigue, y le respeta, y le complace, y obedece tan enteramente, cuanto es justo que el Padre sea obedecido y amado. Aquesto queda dicho en común, mas descendamos agora á otras más particulares razones.

Tiene nombre de HIJO Cristo, porque el hijo nace, y porque le es á Cristo tan propio, y como si dijésemos, tan de su gusto el nacer, que solo Él nace por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nace según la divinidad eternamente del Padre. Nació de la Madre virgen según la naturaleza humana temporalmente. El resucitar después de muerto á nueva y gloriosa vida para más no morir, fué otro nacer. Nace en cierta manera en la hostia, cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y últimamente nace y crece en nosotros mismos, siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su orden de cada uno de estos nacimientos por sí.—Gran tela, dijo al punto Sabino, me parece, Juliano, que urdis, y si no me engaño, maravillosas cosas se nos aparejan.—Maravillosas son sin duda las que se encierran en lo que agora propuse, respondió Juliano, mas quién las podrá sacar todas á luz? Y en caso que alguno pueda, conocido tenéis, Sabino, que yo no seré. De la grandeza de Marcelo, si fuéades buen juez, era propiamente aqueste argumento.—Dejad, dijo Sabino, á Marcelo agora, que ayer le cansamos, y hoy se cansará. Y vos no sois tan pobre de lo que Marcelo con tanta ventaja tiene, que os sea necesaria su ayuda.—Marcelo entonces dijo sonriéndose: Hoy el mandar es de Sabino, y nuestro el obedecer: seguid, Juliano, su voluntad, que el descanso que me ordena á mí, le recibo, no tanto en callar yo, como en oiros á vos.—Yo la seguiré, dijo, y

tornó luego á callar, y deteniéndose un poco, comenzó á decir así:

Cristo Dios nace de Dios, y es verdadera y propiamente HIJO suyo. Y así en la manera del nacer, como en lo que recibe naciendo, como en todas las circunstancias del nacimiento, hay infinitas cosas de consideración admirable. Porque aunque parecerá á alguno, como á los infieles parece, que á Dios, siendo como es, en el vivir eterno, y en la perfección infinito, y cabal en sí mismo, ni le era necesario el tener HIJO, ni menos le convenía engendrarlo: pero considerando por otra parte, como es la verdad, que la esterilidad es un género de flaqueza y pobreza, y que por la misma causa, lo rico, y lo perfecto, y lo abundante, y lo poderoso, y lo bueno, conforme á derecha razón, anda siempre junto con lo fecundo; se ve luego, que Dios es fecundísimo, pues no es solamente rico y poderoso, sino tesoro infinito de toda la riqueza y poder, ó por mejor decir, la misma bondad, y poderío, y riqueza infinita. De manera que por ser Dios tan cabal y tan grande, es necesario que sea fecundo, y que engendre, porque la soledad es cosa tristísima. Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fué menester, que la manera como engendra y pone en ejecución la infinita fecundidad que en sí tiene, fuese sumamente perfecta: de arte que no solo careciese de faltas, sino también se aventajase á todas las otras cosas que engendran, con ventajas que no se pudiesen tasar.

Porque lo primero es así, que Dios para engendrar á su HIJO, no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres, mas engéndralo de sí mismo, y prodúcelo de su misma sustancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz. Y porque es infinitamente fecundo, Él mismo, como si dijésemos, se es el padre y la madre. Y así para que lo entendiésemos en la manera que los hombres podemos, que entendemos solamente lo que el cuerpo nos pinta, la sagrada Escritura le atribuye vientre á Dios, y dice en ella El á su HIJO en el Salmo, según la letra latina (Ps. cix, v. 3.): *Del vientre antes que naciese el lucero yo te engendré.* Para que así como en llamarle Padre la divina Escritura nos dice, que es su virtud la que engendra; así ni más ni menos en decir que le engendra en su vientre, nos enseña que lo engendra de

su sustancia misma, y que él basta solo para producir este bien. Lo otro, no aparta de sí lo que engendra, que eso es imperfección de los que engendran así, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de sí producen, y así es otro lo que engendran; y el hombre aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de sí: que dado que se le parece y allega en algunas cosas, en otras se le diferencia y desvía, y al fin se aparta, y divide y desemeja, porque la división es ramo de desemejanza, y principio de disensión y desconformidad. Por donde así como fué necesario que Dios tuviese HIJO, porque la soledad no es buena; así convino también, que el HIJO no estuviese fuera del Padre, porque la división y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado. Y porque en la verdad el HIJO, que es Dios, no podía quedar sino en el seno, y como si dijésemos en las entrañas de Dios. Porque la divinidad forzosamente es una, y no se aparta, ni divide. Y así dice Cristo de sí (Joan. c. x, v. 38.), *que El está en su Padre, y su Padre en El.* Y San Juan dice del mismo (Joan. c. i, v. 18.), *que está siempre en el seno del Padre.* Por manera que es HIJO engendrado, y está en el seno del que lo engendra. En que por ser HIJO engendrado se concluye, que no es la misma persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta persona; y por estar en el seno de él, se convence, que no tiene diferente naturaleza de él, ni distinta. Y así el Padre y el HIJO son distintos en personas para compañía, y uno en esencia de divinidad, para descanso y concordia.

Lo tercero, aquesta generación y nacimiento no se hace partidamente, ni poco á poco; ni es cosa que se hizo una vez, y quedó hecha, y no se hace después; sino por cuanto es en sí limitado todo lo que comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene límite; desde toda la eternidad el HIJO ha nacido del Padre, y eternamente está naciendo, y siempre nace todo, y perfecto, y tan grande como es grande su Padre. Por donde á este nacimiento, que es uno, la sagrada Escritura le da nombre de muchos. Como es lo que escribe Michéas, y dice (Mich. c. v, v. 2.): *De ti, Bethleém, me saldrá capitán para ser Rey en Israel, y sus manantiales desde ya antes, desde los días de la eternidad.* Sus manantiales, dice, porque manó, y mana, y manará, ó por mejor decir, porque es un manantial que siem-

pre manó, y que mana siempre. Y así parecen muchos, siendo uno y sencillo, que siempre es todo, que nunca se comienza, ni nunca se acaba. Lo otro, en esta generación no se mezcla pasión alguna, ni cosa que perturbe la serenidad del juicio; antes se celebra toda con pureza, y luz, y sencillez. Y es como un manar de una fuente, y como una luz que sale con suavidad del cuerpo que luce. Y como un olor, que sin alterarse espiran de sí las rosas. Por lo cual la Escritura dice de este divino HIJO, en una parte (Sap. c. vii, v. 25.): *Es un vapor de la virtud de Dios, y una emanación de la claridad del Todopoderoso limpia y sincera.* Y en otra (Eccli. c. xxiv, v. 41.): *Yo soy como canal de agua perpétua, como regadera que salió del río, como arroyo que sale del paraíso.* De arte que aquí no se turba el ánimo, ni el entendimiento se nubla: antes (y sea lo quinto) el entendimiento de Dios espejado y clarísimo es el que la celebra, como los santos antiguos lo dicen expresamente, y como las sagradas letras lo dan bien á entender. Porque Dios entiende, por cuanto todo Él es mente y entendimiento: y se entiende á sí mismo, porque en Él solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose á sí, y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicación de sus bienes; ve todos sus bienes, que son infinitos, y ve y comprende, según que formas los puede comunicar, que son también infinitas: y de sí, y de todo esto que ve en sí, dice una palabra, que lo declara, esto es, forma y dibuja en sí mismo una imagen viva, en la cual pone á sí, y á todo lo que ve en sí, así como lo ve menuda y distintamente: y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre sí misma, y considerada en todas aquellas maneras, que comunicarse puede, y como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que de ella puede salir. Y esta imagen producida en esta forma es su HIJO. Porque como un grande pintor, si quisiese hacer una imagen suya que lo retratase, volvería los ojos á sí mismo primero, y pondría en su entendimiento á sí mismo, y entendiéndose menudamente, se dibujaría allí primero que en la tabla, y más vivamente que en ella, y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento, y por él, sería como un otro pintor, y si le pudiese dar vida, sería un otro pintor de hecho, producido del pri-

mero, que tendría en sí todo lo que el primero tiene, y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte, y á la imagen de fuera: así Dios, que necesariamente se entiende, y que apetece el pintarse, desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se dibuja en sí mismo, y después, cuando le place, se retrata de fuera. Aquella imágen es el HIJO: el retrato que después hace fuera de sí, son las criaturas, así cada una de ellas, como todas allegadas y juntas. Las cuales comparadas con la figura que produjo Dios en sí, y con la imagen del arte, son como sombras oscuras, y como partes por extremo pequeñas, y como cosas muertas en comparación de la vida.

Y como (insistiendo todavía en el ejemplo, que he dicho) si comparamos el retrato que de sí pinta en la tabla el pintor, con el que dibujó primero en sí mismo, aquel es una tabla tosca, y unos colores de tierra, y unas rayas y apariencias vanas, que carecen de ser en lo secreto, y este, si es vivo, como dijimos, es un otro pintor: así toda esta criatura es una ligera vislumbre, y una cosa vana, y más de apariencia que de sustancia, en comparación de aquella viva, y expresa, y perfecta imagen de Dios. Y por esta razón todo lo que en este mundo inferior nace y se muere, y todo lo que en cielo se muda, y corriendo siempre en torno, nunca permanece en un ser; en esta imagen de Dios tiene su ser sin mudanza, y su vida sin muerte, y es en ella de veras, lo que en sí mismo es cuasi de burlas. Porque el ser que allí las cosas tienen, es ser verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios: mas el que tienen en sí es trefe y baladí, y como decimos, en comparación de aquel es sombra de ser. Por donde ella misma dice de sí (Eccli. cap. xxiv, v. 25.): *En mí está la manida de la vida y de la verdad: en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud.* En que diciendo, que está toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en sí el ser de las cosas; y diciendo que está la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene, hace al que ellas mismas tienen en sí mismas: que aquel es verdad, y este en su comparación es engaño. Y para la misma ventaja dice también (Eccli. c. xxi, v. 6. 17.): *Yo moro en las alturas, y me asiento sobre la columna de nube..... Como cedro del Libano me empiné, y como en el monte Sión el ciprés: ensalcéme como la*